

# TU OBRA

Manuel Farril Guzmán / 2º Premio. Escuela de Odontología

Hola, mujer. Vengo a explicarte quién eres. Qué es lo que debes hacer. En dónde actúas y cuándo te toca hacerlo. Vengo a desenmarañar tu misterio: a enseñarte cómo debes funcionar.

¿Sabes qué es la vida, mujer? Es algo maravillosamente simple, dramáticamente cómico, cegadoramente oscuro. Horriblemente bello. Antitético, ¿no? Pero así es. Te lo voy a explicar. Te voy a enseñar el gran escenario donde desde ahora vas a actuar. Te voy a llevar tras bambalinas y a los vestidores y te voy a enseñar cómo se manejan los aparatos de escenografía y tramoya. Y lo más importante quizás: a cerrar bien y a su tiempo el telón... esa tela oscura que te separará de los demás. Ven.

Mira: este inmenso escenario es donde tu actuarás. Nosotros le llamamos mundo por comodidad, porque es más corto. Al actuar aquí deberás tener presente que todos te podrán ver; que sólo deberás tener oculta una de tus caras, de tus flancos. Te podrán ver el lado derecho, pero el izquierdo no y viceversa... Te podrán ver tal como eres, de frente, pero recuerda: nunca debes dar la espalda. Nunca debes hablar hacia el otro lado porque entonces los asistentes no te podrán oír bien y —ya sabes cómo es la gente, el público— te malinterpretarán; sentirán que los abandonas; digamos, que los traicionas. También debes tener muy presente que tienes que quedar bien frente a los espectadores y, sumamente importante, contigo misma (esto te lo explicaré más adelante), porque nada se equipara a la satisfacción propia combinada con los buquets de rosas mandados por el público al camerino. Además, quedarás bien con el autor de tu obra, que como sabrás, también es el productor.

Volviendo a lo que dije antes, a algunas personas les mostrarás tu perfil derecho y a otras el izquierdo. Por consiguiente, no todas te verán igual, ni desde el mismo punto de vista. No serás la misma para todos.

Cuídate, el piso está lleno de trampas. Te puedes tropezar o caer, sola o cuando estés acompañando a otro actor y al público le encanta reír de los que hacen el ridículo... o de los que él juzga que lo hacen o actúan mal. Es implacable; pero no, no lo culpes. Con tantas tragedias que se ven, con tanta miseria que se vive; con tanto trato que tiene con el drama, se ha hastiado de él y ríe

con lo que sea. Se ha vuelto simplón con el paso del tiempo y cualquiera paga esto: tú o yo. Así que te recomiendo una cosa: cuando tropieces, si es que lo haces, tu también ríe... para desahogarte y hacerle creer al espectador que así estaba planeado. Ya tendrás tiempo de llorar a solas en tu camerino.

Procura ensayar mucho. Así no te equivocarás. Prueba mil maneras de decir una frase. Repite cien veces cada situación. Codéate con todos los demás actores. Así sabrás, llegado el momento, quién es tu mejor compañero de acción en el escenario.

Para saber actuar hay dos caminos. Uno es el estudiar. Estudiar a los clásicos, a los barrocos, a los renacentistas, a los modernos, a los contemporáneos y a los del teatro del absurdo. Este último gusta mucho... satisface en estos tiempos. Otra manera es ver más obras. Ve a otros teatros. Ve a los demás moverse en sus obras. Ve, y comprende, cómo le hacen, cómo actúan. Después, extrae lo mejor, lo que así juzgues; aprovecha sus experiencias —sé sabia— y aplícalas, con las reservas necesarias, en tu caso. Eso sí, no te quedes estática. En este teatro el que no avanza es como el que nada contra la corriente de un río: que si no nada con vigor, no sólo se detiene, sino que retrocede. Supérate siempre o vendrá cada vez menos gente a verte y fracasarás.

Como compañeros actores te pueden haber tocado unos principiantes o unos faltos de facultades. No importa. Tu supérate. Su-pé-ra-te. Entre ellos te será más fácil distinguirse y, con el tiempo, cambiarlos; o cambiarte de teatro a otro mejor. O que te toque actuar en una obra mejor. Si te distingues, el público te respetará..., te le impondrás, y el director (es muy sabio y justo, ¿sabes?) te dará mejores oportunidades.

Un consejo: no te ensoberbezcas con tus compañeros. No los hagas menos. Trátalos humanamente. Fíjate, no te pido que te vuelvas como ellos o que los tengas que soportar siempre; sólo en el teatro. Compréndelos. Además, recuerda que más vale ser cabeza de ratón (en esta obra puedes ser la primera actriz) que cola de león (en otra puedes no dar el ancho). Tenlo siempre presente.

Sabe vivir con tu sueldo y con tus aplausos, pero no te conformes. Insisto: superándote puedes llegar a ganar más satisfacciones. ¡Ah!, se me olvidaba decirte que en el lenguaje propio de este teatro le llamamos a la mezcla de aplausos de los que te ven y juzgan, con tu propia satisfacción —que viene dada por tu sueldo, por tu manera de vivir y por la tranquilidad de saber que estás actuando tan bien como puedes— repito, le llamamos felicidad. Y si a esto le añadas entradas económicas considerables y un mar de vítores, es mejor.

Todos los actores tenemos nuestra obra. Es aquella en donde mejor actuamos; en donde con mayor libertad nos movemos; en donde menor trabajo nos cuesta el decir nuestras frases y parlamentos; vaya: en donde más a gusto nos sentimos. Y aunque, es cierto, en gran parte el artista vive del aplauso del público, no debes menospreciar la tremenda importancia —vital, diría yo— que la paz interior tiene. Digamos que es la base del éxito. No te debe importar que la obra de que te hablo sea modesta o simple o de un autor desconocido. Tú apréciala y muéstrala tal como debe ser. Tendrás ocasión, no lo dudes, de actuar en otras; a veces aunque no quieras, pero en todas da lo mejor de ti misma.

Sabe reconocer la valía de los diferentes actores. Sé justa con ellos. Hay algunos —y siempre habrá— que serán mejores que tú. De éstos deberás aprender. Hay otros menos buenos que tú: de éstos observa y corrige. Es decir: aprovecha todo lo que puedas y recuerda que de todos puedes aprender: de unos lo que debes hacer, y de otros, lo que no debes hacer.

Hay grandes actores que ya han muerto; pero muchos de ellos escribieron sus vidas: sus obras, sus experiencias. Leelas, te servirán.

Ahora, ven por acá. Ésta es la escenografía. Como podrás ver hay diferentes tipos de luz, diferentes decorados de fondo y diferentes artículos de utilería para, digámoslo así, amueblar el escenario.

Si tú quieres verte triste, prende pocas luces. Actúa en penumbras. Si quieres verte alegre y joven y sincera, actúa con claridad, con mucha luz. Recuerda que las escenas se pueden desentristecer con luz y que tú tienes a mano el contacto para encenderlas y apagarlas.

De aquí en adelante tú tendrás el control absoluto de tu luz y tu decorado. Aprende que las cosas más misteriosas, que las escenas desagradables y las situaciones dramáticas se desvanecen, aunque sea un poco, con luz. Con *tu* luz. Tú la prendes o la apagas.

Lo mismo el decorado de fondo. Son como telones, ¿ves? Tú puedes bajar el que más te convenga... después de todo es *tu* obra.

Debes saber escoger el fondo que más te satisfaga y que más te favorezca. Mira, hay este oscuro para escenas patéticas; este azul para las escenas normales, de las que ocurren a diario; este color de rosa para las románticas; este amarillo para las alegres (éste te queda bien) y este rojo para las escenas violentas: donde te enfurezcas. Baja el del color que quieras, pero no te vayas a confundir; no bajes el color de rosa cuando debas bajar el azul, ni bajes el rojo —o el oscuro— sin que se deba, sin que sea apropiado... porque el que más a la mano está es el amarillo. Recuérdalo.

En ocasiones, tus compañeros actores te ayudarán a bajar los telones de fondo. Se pueden confundir: pueden bajar uno equivocado durante el transcurso de la obra y al verlo te puedes engañar; puedes decir una frase equivocada al ver el fondo equivocado. Debes conocer tu obra a la perfección para que sepas decir y hacer lo que debes aun cuando el decorado no sea el que corresponde.

Ahora, vamos a asomarnos por este agujerito. ¡Shhh! Ese que está ahí afuera, en la sala, es el gran público, la gente. Notarás que los que están en las primeras filas de butacas son tus parientes, tus amigos y conocidos. Tienen caras agradables. Esperan verte triunfar; pero ten en mente que tu más pequeño error será notado sólo por ellos y puedes defraudarlos, lo cual es injusto; ellos pagaron más por verte mejor, ¿o no? Siendo las personas que son, te aplaudirán cualquier cosa que hagas, porque ellos —para ellos mismos— te verán triunfar. Pero no te vayas a confundir; no te vayas a sentir la gran actriz cuando ellos te aplaudan. Los aplausos de ellos sólo sirven para decir: te queremos.

Mira: más atrás están los que verdaderamente te harán sobresalir o fracasar. El grueso. El anónimo. Mira qué caras tienen: de crueldad, de ironía, de no-creer-hasta-no-ver, de desconfianza infinita. Con ellos debes quedar bien. Ellos son los que te pueden elevar hasta el pináculo o destrozar con sus comentarios. Y ten mucho cuidado: son, por lo general, envidiosos: no aceptan cualquier cosa. Puede que ellos no actúen tan bien como tú, pero ellos, por ahora, dominan la situación. Puede que tú alguna vez los hayas tenido en tus manos o que los tengas posteriormente, pero ahora eso no te debe importar. Ahora sólo te debe interesar causarles buena impresión. Tu impresión. Debes actuar tal como eres. No copies estilos y ciérrate a las influencias. Sé tú. Así es más fácil. Y esa impresión que les dejes, deberás refrendárselas en cada actuación. Satisfácelo tú y satisfácelos a ellos. No es demasiado fácil, pero yo sé que tú puedes.

Debes saber que en este teatro somos muy delicados: no nos gusta que nos digan que tenemos poco público, así que cuando veas que sólo la mitad de la sala está llena, no digas que está medio vacía, sino que está a medio llenar.

Estudia, ensaya, repite, corrige, trabaja, trabaja... y trabaja bien: lo mejor que puedas. Actúa, muévete, avanza... ¿El descanso? Ya tendrás tiempo de descansar cuando cierres *tu* telón.